

28 DE AGOSTO de Alejandro G. Cardiel

Ni cantaba el gallo cuando dos tricornos aporrearon la puerta. Abrió el padre y se escondieron detrás el resto.

—Alonso y Félix Herráiz quedan detenidos por rebelión contra el bando nacional.

De la sombra de los guardia civiles surgieron brutales falangistas que irrumpieron en la casa y arrastraron a la calle a padre e hijo. La mujer se desgarró la garganta con lamentos que parecían anunciar su viudez ante el falangista que escupía a sus pies. Empujados por la cuesta que llevaba al ayuntamiento cargaban con miradas asustadas que se escondían tras las cortinas de las ventanas, con los insultos de los que denunciaban a aquellos que pisaban sus mismas huellas. Les sangraban las sienes de pensar en que abandonaban a su madre (¡a su mujer!).

La danza estival de golondrinas anunciaba su entrada y fueron empujados a una sala dónde había otros: sindicalistas sobrellevando la situación con el orgullo de haber obrado correctamente, lo único que les quedaba; otros asustados y nerviosos, arremolinados en las esquinas del cuartucho. No desconocían su suerte. A todos los acompaña de forma más palmaria la única certeza que siempre se quiere aplazar: la muerte. Y mientras tanto pasaba el tiempo. ¿Minutos? ¿Horas? No hay relojes que puedan contar el tiempo del que espera su muerte. Conversaciones al borde del infarto; lágrimas de desesperación; arañazos ansiosos en extremo en los brazos; un calor de agosto que hacía sudar de desesperación. ¿Tiempo? Quién sabe qué sea eso del tiempo estando encerrado esperando el final.

Irrumpieron unos falangistas y un guardia civil con una cuartilla mecanografiada. Leyó los nombres de los que allí estaban y junto a ellos sus cargos y de seguido su pena. La camioneta rugía en la calle esperando a que subieran a los nombrados.

Félix, el hijo, se revolvió y pidió piedad al guardia civil. Si morían ambos la familia se quedaba sin sustento. Un brutal falangista se lanzaba a acallarle cuando el guardia civil intercedió. Conocía a la familia y la poca humanidad que le quedaba le removió los intestinos como si una mano los estuviera revolviendo. El único trato que se les ofreció fue que uno debía morir.

—¡A mí!, ¡a mí! ¡Por Dios! —gimió el padre apartando a su hijo con su potente brazo—. Ten piedad y llévame a mí.

—No, padre. —dijo Félix con un rostro que intentaba ocultar que el corazón se le partía— He de ser yo.

—¡Pero cómo te van a matar a ti, hijo mío! ¡Vive tú! Vive por mí —las lágrimas emborronaban su cara que se rompía de dolor—. Vive por mí y, sobre todo, vive por tu madre y por tus hermanas. No le haga caso y lléveme a mí—dijo dirigiéndose al guardia civil.

—A mí, padre, y no a usted se deben llevar. ¿Cómo piensa que alimentaré a toda la familia si eres tú el que trae el sueldo a casa? —Se le atragantaban las palabras pensando en su familia— Eres el único que puede sacar la familia adelante.

—¡Se acabó! —irrumpió hastiado el cabecilla de los falangistas— no tengo tiempo para los lloriqueos de estos rojos.

Agarraron entre dos a Félix y se dejó subir a la furgoneta. El padre intentó echar a correr tras su hijo, pero la pareja de la guardia civil lo agarró por los hombros obligándole a postrarse para ver por última vez a su hijo. Félix le miró con una lastimosa sonrisa que se desmoronaba. Alonso, ahogándose en sus lágrimas, gritaba y peleaba el padre por luchar el último abrazo. Un amable falangista se le acercó para consolarlo con una patada en el estómago que le dejó sin respiración y su pobre cuerpo quedó retorciéndose sollozante en el suelo.

A Félix le explotaba el corazón; se le atropellaban las inhalaciones con las expiraciones que se mezclaban con náuseas. Vomitó en la furgoneta; nadie se inmutó. Uno rezaba en voz baja —¡la última reconciliación con Dios!— esperando un milagro mariano que detuviese el furgón y los salvase. Félix alzó la vista al cielo y vio que se abría una ventana en el nublado cielo. «¿Será para que yo entre? ¿Ya me esperan?» Balbuceó al borde del desfallecimiento.

Frenó la furgoneta y los cuerpos se agitaron violentamente. Los llevaron al cementerio y una gruesa voz les ordenó bajar empujándoles hacia la tapia o frente a los campos. Echó a correr un pobre diablo pensando en ir escondiéndose por el mar de olivos que se abría ante sí.

—¡Libertad! —gritaba el más libre de los hombres que, entre la muerte o correr, eligió la libertad.

El momento más libre de su vida, pues sabiéndose muerto vivió de verdad.

Se quedaron paralizados todos, sin poder ver al libre, y sin volverse supieron que había muerto el hombre más libre que conocieron.

A Félix le invadió una profunda serenidad. Al fin se dio cuenta que el día se apagaba y el cielo se tornaba arrebol. Escuchó a las últimas golondrinas y nunca las observó tan vivas; se fijó en las rocas y la vegetación y nunca había encontrado tanta belleza en ese paisaje duro, seco.

—¿Es que hasta la muerte no me he dado cuenta de lo bello que ha sido todo hasta ahora? ¿No me reencuentro hasta ahora en el ocaso con la mirada de mi infancia donde todo se me antojaba hermoso, lo más novedoso, lo más interesante? Terrible sabiduría que cura las cataratas ante la última frontera”.

Vomitó alguien a su lado. ¿Alguien? Un compañero, un hermano. ¿Qué hermana más a los humanos que el peligro de la muerte? Sintió que era él mismo quien vomitaba en lugar de él. Sintiose nunca tan vivo y tan muerto nunca.

Dirigió mecánicamente la cabeza hacia el que ordenó que cargasen los fúsiles y recobró conciencia del momento. El soldado frente a él recargó su fusil y se preparaba para encañonarle. ¿Qué ojos vería su asesino cuando le apuntara con el cañón?

—Apunten

Y levantaron el fusil hacia los condenados. Félix por fin miró a los ojos a quien había de dispararle. Reconoció en él un joven, con un tímido vello facial que todavía no había sentido la cuchilla; unos ojillos nerviosos en los que reflejaba la serena mirada de Félix. ¿Quién miraba realmente a Félix? ¿Estaba siendo mirado o se miraba a sí mismo reflejado en los ojillos de aquel que le apuntaba? Su mirada inundaba al soldado que titubeaba ante la serena calma de quien comprende la vida en el momento final. Miró por un instante de nuevo al cielo y este iba abriéndose paso sobre sus cabezas. Al volver la cabeza ya no encontró dos ojos sino la gran oscuridad del cañón que le apuntaba.

— Disparen.